

amor y voluntad al que le llevaba; porque fué particular el regalo que su ánima en este trance sintió. Ca vió sobre sí á Cristo nuestro Salvador como que caminaba y iba delante dél desde que el otro le trabó del brazo hasta que llegaron á las puertas del convento, y con este favor celestial, pasó Ignacio con más alegría su trabajo.

CAPÍTULO XII.

Cómo volvió á España.

Después que entendió ser la voluntad de Dios que no quedase en Hierusalén, aparejóse para la vuelta, en la cual le acontecieron algunas cosas notables. El tiempo era, como suele en el corazón del invierno, de grandes nieves y heladas, y nuestro peregrino para defenderse del frío y abrigarse no tenía más ropa que unos zaragüelles de lienzo grosero hasta las rodillas, y las piernas desnudas, y los piés calzados, y un juboncillo de lienzo negro acuchillado todo por las espaldas, y una ropilla corta y raída de ruin paño. Llegó á Chipre con los demás peregrinos, donde halló tres navíos aprestados y á punto para Italia. El primero era de turcos. El segundo era una poderosa nao veneciana, tan fuerte y tan bien armada, que parecía poder contrastar y resistir al ímpetu de todos los vientos y á toda la furia del mar. El tercero era un navío pequeño y viejo y casi comido de broma. Rogaron muchos al capitán de la nave veneciana que quisiese recibir en ella á Ignacio por amor de Dios, alabándole de santo y encumbrándosele mucho, y poniéndole delante, con buenas palabras, la obra tan buena que en ello hacía. Mas como él entendió que era pobre y que no tenía dineros para pagarle, dijo que no quería; que pues era tan santo como ellos decían, no tenía necesidad de navío para pasar; que se fuese por su pié sobre las aguas, que no se hundiría. Y así desechado del capitán de la nave mayor, rogaron al de la menor que le admitiese, y hizolo liberalmente. Hiciéronse á la vela, el mismo día y á la misma hora, con próspero viento todas tres naves, y habiendo caminado un rato, viniendo la tarde, les sobrevino una brava y recia tormenta, con la cual la nave turquesca con toda su gente se hundió; la de aquel caballero veneciano dió al traves junto á la misma isla de Chipre y perdióse, salvándose los que iban en ella; pero la navicilla en que iba Ignacio, vieja y carcomida y que parece que se la había de tragar la mar, fué nuestro Señor servido que aunque corrió fortuna, no pereciese; ántes, después de mucho trabajo, vino á tomar puerto en la Pulla, provincia de Italia, en el reino de Nápoles, y de allí llegó en salvamento á Venecia, mediado Enero del año de mil y quinientos y veinte y cuatro; habiendo, desde que partió de Chipre hasta que llegó, estado en la mar los meses de Noviembre y Diciembre y parte de Enero. En Venecia se reparó unos pocos de días, y topándose en ella con un buen hombre que le había ántes recogido en su casa, rogado é importunado dél, se fué á ella. Y queriéndose ya partir para seguir

su camino de España, le dió quince ó diez y seis reales y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces para abrigar su estómago, que con el rigor del frío le sentía muy enflaquecido y gastado. Con esta provision se puso en camino para España, y llegado á la ciudad de Ferrara, que está á dos jornadas de Venecia, fuése á hacer oración á una iglesia, y estando en ella puesto con Dios, llegóse á él un pobre (como suelen) á pedirle limosna, y él echó mano y dióle una moneda como un cuarto; llegó otro, y el peregrino dióle otra moneda de más valor, como sería un cuartillo. Avisaron estos pobres á los demás que estaban á la puerta de la iglesia pidiendo limosna, de lo bien que con el peregrino les había sucedido; y ellos, uno en pos de otro, se fueron á él pidiendo por Dios, y él comenzó liberalmente á repartir con ellos de lo que tenía, dándoles primero las monedas menores, y después las mayores, hasta darles todos los reales, de suerte que no le quedó ninguno. Y acabada su oración, saliendo de la iglesia, todos los pobres comenzaron á dar voces de alabanza, diciendo: «¡El santo, el santo!» Y él, que no tenía un pedazo de pan que comer aquel día, fué á buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre. De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardía (la cual ardía toda de cruelísima guerra que entónces había entre los españoles y franceses), y él enderezaba su camino de manera, que había de pasar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. A esta causa le aconsejaron que se desviasse de aquel peligro, y echase por otro camino más desembarazado y seguro. Pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando á nuestro Señor por su escudo y su guía. Pasando pues adelante, vino á dar en un pueblo cercado, donde había infantería española, que estaba allí con mucha guarda y recato. Y como algunos soldados y centinelas le vieron en aquel traje y figura, creyendo que fuese espía de los enemigos, echaron mano dél, y leváronle á una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas quisieron sacar dél quién era. Después, como no hallaron lo que querían, comenzáronle á escudriñar y á tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle y quitarle los zapatos y ropilla que traía, por ver si hallarian alguna carta ó rastro de lo que sospechaban; pero en fin quedaron burlados, y amenazándole, le dijeron que fuese delante del capitán, que á puros tormentos le harían confesar la verdad; y así desnudo, con solo el jubon y zaragüelles, le llevaron por tres grandes calles delante del capitán, con mucha alegría y regocijo de su ánima. Y como quiera que hasta entónces, porque le tuviesen por rústico y hombre simple y que sabía poco de cortesías, solía tratar groseramente á todos, y no conforme al estilo comun de la gente polida y cortesana, y llamar áun á los señores y principales de vos; viéndose en aquella hora llevar delante del capitán, cayóle un nuevo miedo, que le hizo dudar si sería bien dejar por entónces aquella su costum-

bre, y tratar al capitán más cortésmente que solía á los otros. Y la causa desta duda era, porque por ventura, si así no lo hiciese, daría ocasión al capitán para pensar que no hacía caso dél, y para que, enojado por verse menospreciado, le maltratase é hiciese morir á puros tormentos; pero, conociendo que este pensamiento nacía de flaqueza y temor humano, le rechazó tan constantemente, que determinó, por sola esta causa, de no usar de ningún género de cumplimiento con el capitán, y cumpliólo bien á la letra. Porque preguntando el capitán de dónde era natural, calló como si fuera mudo, y preguntándole más adelante de dónde venía, no respondió palabra. Finalmente, á todas las otras preguntas que le hizo estuvo como una estatua, teniendo siempre los ojos del cuerpo enclavados en el suelo, y los de su ánima en el cielo. A sola esta pregunta: «¿Eres espía?» respondió: «No soy espía.» Y esto por parecerle que si no respondía á esta demanda, por ventura les daría justa causa de enojarse con él y atormentarle. Enojóse el capitán con los soldados ásperamente, riñéndolos y diciéndoles que harto locos eran ellos, pues le habían traído allí un loco; y con tanto, manda que se lo quiten de delante y lo echen de allí. Irritados los soldados con el mal tratamiento de su capitán, quiebran en el pobre peregrino su enojo, y diciéndole mil baldones y ultrajes, cárganle de puñadas y coces. Contaba él después que con la memoria y representación que allí tuvo de la afrenta y escarnio que el Señor recibió de Heródes y de sus soldados, había el mismo Señor regalado su ánima con un admirable y extraordinario consuelo. Mas, pasada esta befa y gritería, no faltó Dios á su soldado; porque no habiendo todo aquel día desayunándose con otro manjar que de afrentas é injurias, y estando bien fatigado y quebrantado su cuerpo, un español, de pura lástima, le llevó consigo y le albergó y reparó, dándole de comer. De allí se partió el día siguiente, y prosiguiendo su camino, fué otra vez preso de ciertos franceses, que siendo centinelas, le vieron pasar desde una torre, y le llevaron al capitán francés; el cual, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, le acogió y trató y despidió cortésmente, y le mandó dar de cenar y hacer buen tratamiento. Llegado á Génova, topó con Rodrigo Portundo, vizcaíno, que era entónces general de las galeras de España, y había sido su conocido en la corte de los Reyes Católicos. Este le amparó, y dió orden para que se embarcase en una nave que pasaba á España, adonde aportó, llegando á Barcelona, y con hartos peligros de cosarios y enemigos, viniendo á acabar su navegación en el mismo lugar donde la había comenzado.

CAPÍTULO XIII.

Cómo comenzó á estudiar desde las primeras letras.

Volvió, como dijimos, á España, y la vuelta fué con determinación de estudiar muy de propósito; porque, como se vió apartado de aquellos santos lugares de Hierusalén, donde él pensaba pasar su

vida, y que no le habían salido sus primeros intentos, comenzó á pensar con gran cuidado qué era lo que Dios quería dél, qué cosa sería bien hacer, que fuese más acepta y agradable en los ojos de su divino acatamiento. Y después que lo miró y tanteó todo, al fin se resumió que para poder emplearse mejor y más á provecho de sus prójimos, como él deseaba, era necesario tener caudal de letras, y acompañar (1) la doctrina y el conocimiento de las cosas divinas (que por el estudio y ejercicio de las letras se alcanza) con la unción y favor de espíritu que nuestro Señor le comunicaba, y por esto se determinó de estudiar. Y parecióle que Barcelona le sería á propósito para hacerlo. Y así, llegado á ella, comunicó esta su determinación con dos personas devotas suyas. La primera fué una señora honrada y principal, de la cual ya ántes había recibido mucha caridad y limosna. La otra fué un maestro de gramática, llamado Ardebal, hombre de mucha virtud y aplicado á toda devoción; y aprobaron ambos su determinación. Y la señora le ofreció de sustentarle en el estudio los años que estuviese allí, y el maestro de enseñarle con diligencia. Desta manera pues, el año de mil y quinientos y veinte y cuatro, siendo ya de edad de treinta y tres años, comenzó á aprender los primeros principios de gramática y aquellas menudencias de declinar y conjugar, que aunque no eran para sus años, las llevó bien el espíritu y fervor tan encendido con que deseaba vencerse y agradar á Dios. No le espantaba el trabajo desabrado de aquellas prolijidades y espinosas niñerías, ni la muchedumbre y variedad de tantas reglas y preceptos, ni el tomar de coro y repetir y dar la lición, ni los otros ejercicios pueriles le daban tanta pena como las muchas y grandes consolaciones é ilustraciones que le venían cuando con más atención se ponía á estudiar. Apénas tomaba el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, cuando embestían con él inteligencias de cosas altísimas, y le atropellaban y turbaban la memoria. De suerte que en lo que estudiaba no podía coger cosa de nuevo, y todo lo que ántes había cogido y allegado se le desaparecía y derramaba con la fuerza de la imaginación. Y aunque con todas sus fuerzas é industria trabajaba por cerrar la puerta á estos sentimientos cuando venían, y por despedirlos y echarlos de sí cuando habían entrado, no era señor de sí, ni lo podía hacer, ni estaba más en su mano, por mucha fuerza que se hiciese y por mucho que fuese el daño que para sus estudios viesse que recibía desta sutil y engañosa tentación. Hasta que un día, asombrado desta novedad tan grande, comenzó á examinarla, y á pensar y á decir entre sí: «¡Válame Dios! ¿qué es esto? Cuando rezo, cuando me confieso y comulgo, cuando me disciplino, cuando velo, cuando con ayunos y otras penitencias corporales aflijo mi carne y

(1) Juntar. (Riv.)

Horo mis pecados, cuando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánima tanta lumbre y recreacion, ni tan grandes ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y cuando nos venimos á hacer niños y tratar niñerías, y queremos dejar á Dios por Dios, ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo; éstos son tus ardidés y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son escuridad y tinieblas. Pues espera; yo te dejaré burlado.» Para resistir pues á esta tan porfiada astucia del enemigo, vase á su maestro y ruégale (como el mismo padre me contó) (1) que se venga con él á la iglesia de Nuestra Señora de la Mar, que estaba cerca de su casa, y que allí le oiga lo que le quiere decir. Y así, le dió cuenta muy por entero de todo lo que pasaba en esta parte por su ánima, y de la tela que le iba urdiendo el demonio, y que para destejerla y deshacerla de todo punto, le empeñaba su palabra y le prometía de no faltar ningún día á lición en espacio de los dos primeros años siguientes, con que no le faltase pan y agua para pasar aquel día. Y con esto échase á los piés del maestro, y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente le tome á su cargo y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como á tal, cada y cuando que le viese flojo y descuidado, ó ménos atento y diligente en lo que tanto le importaba para el servicio divino y para la victoria de sí mismo y de su enemigo capital. Con este acto tan vehemente y tan fervoroso se deshizo luego, como con la claridad del sol, toda aquella niebla y escuridad que venía con apariencia de claridad, y le dió nuestro Señor mucha paz y sosiego en el estudio. Prosiguiendo pues en los ejercicios de sus letras, aconsejéronle algunos hombres letrados y pios que para aprender bien la lengua latina, y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro *De Milite christiano* (que quiere decir de un caballero cristiano), que compuso en latin Erasmo Roterodamo, el cual en aquel tiempo tenía grande fama de hombre docto y elegante en el decir. Y entre los otros que fueron deste parecer, también lo fué el confesor de Ignacio. Y así, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad á leer en él con mucho cuidado, y á notar sus frases y modos de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es, que en tomando este libro (que digo) de Erasmo en las manos y comenzando á leer en él, juntamente se le comenzaba á entibiar su fervor y á enfriarsele la devocion. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la lición, le parecía que se le había acabado y helado todo el ardor que ántes tenía, y apagado su espíritu y trocado su corazón, y que no era el mismo despues de la lición que ántes della. Y como echase de ver esto algunas ve-

(1) Borrado.

ces, á la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demas obras deste autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que despues jamas no quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen sino con mucho delecto y mucha cautela. El libro espiritual que más traía en las manos, y cuya lecion siempre aconsejaba, era el *Contemptus mundi*, que se intitula «De Imitatione Christi», que compuso Tomas de Kempis (2), cuyo espíritu se le embebió y pegó á las entrañas. De manera que la vida de Ignacio (como me decía un siervo de Dios) no era sino un perfectísimo dibujo de todo lo que aquel librico contiene. Como se sintió en Barcelona más aliviado del dolor del estómago de lo que solía, acordó de tornar al gran rigor de sus acostumbradas penitencias, en las cuales había aflojado algo, parte por el mal del estómago, y parte por los trabajos y dificultades del largo camino. Y así, comenzó á agnjerear las suelas de los zapatos, yéndolas poco á poco rasgando; de tal manera, que á la entrada del invierno ya andaba los piés desnudos por tierra, y cubiertos por encima con el cuero del zapato, por huir la ostentacion. Y en la misma manera iba añadiendo en las demas penitencias. Dos años estuvo en Barcelona, oyendo del maestro Ardebalo con tanta diligencia y aprovechamiento, que le pareció á su maestro que podía pasar á otras ciencias más altas. Y deste parecer fueron también otros hombres doctos, que le aconsejaban que estudiase el curso de la filosofía. Pero, como él desease estar bien fundado en la latinidad ántes de pasar á otras ciencias, no se satisfizo del parecer destes hasta que se hizo examinar de un famoso doctor en teología, el cual aprobó el parecer de los demas, y le aconsejó que para aprovechar más en los estudios de filosofía se fuese á la universidad de Alcalá, y así lo hizo el año de mil y quinientos y veinte y seis.

CAPÍTULO XIV.

Cómo le prendieron en Alcalá, y le dieron por libre.

A la entrada de Alcalá, el primero con quien topó fué un estudiantico de Victoria, llamado Martín de Olabe, de quien recibió la primera limosna; y pagóselo muy bien nuestro Señor por las oraciones de Ignacio, porque siendo ya Olabe doctor en teología por la universidad de Paris, y hombre señalado en letras y de grande autoridad, vino á entrar en la Compañía, estando en el concilio de Trento, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, con un llamamiento extraordinario y señalada vocacion que tuvo de Dios. Fuése Ignacio en Alcalá derecho al hospital, y de allí salía á pedir de puerta en puerta la limosna que había menester para sustentarse. Y aconteció que pidiendo limosna una vez, un cierto sacerdote hizo burla dél, y otros hombres baldíos y holgazanes que estaban en corrillos también le decían baldones y mofaban dél. Tuvo mucha pena de ver esto el prioste del hos-

(2) Borrado. Se duda quién fuera su verdadero autor.

pital de Antezana (1), que era nuevamente fundado, y llamando aparte al pobre Ignacio, le llevó á su hospital y dióle en él caritativamente aposento por sí. Hallándose aquí con más comodidad para su intento, se ocupaba en los estudios de lógica y filosofía, y aun oía al Maestro de las sentencias (2); pero no por eso dejaba las obras de devocion ni de misericordia, ni de procurar la salud espiritual de sus prójimos, porque andaba con grande ánsia allegando limosnas, con que sustentaba á los pobres que padecian mayor necesidad, y encaminaba muchos á la virtud por la oracion y meditacion, dándoles los ejercicios espirituales, y juntamente enseñaba la doctrina cristiana á los niños y á la gente ignorante; y respondía á estos trabajos tal fruto, que parecía aquella villa haberse trocado despues que Ignacio había entrado en ella. No pudo ya más disimular su rabiosa saña de ver estas cosas el enemigo del linaje humano, y así vino á reventar el odio que contra Ignacio había concebido lo cual fué desta manera. Tenia en este tiempo Ignacio tres compañeros, que movidos de su ejemplo se le habían allegado, como imitadores de su vida, y otro mozo frances también lo seguía, y todos andaban vestidos de la misma manera que él andaba, y con el mismo hábito, que era una túnica de sayal, y así los llamaban en Alcalá, como por burla, los del sayal. Eran muy diferentes y aun contrarios los pareceres de las gentes, que tomaban materia de hablar, así por ver estos hombres en compañía, como por el concurso grande de gente que se les llegaba á oír á Ignacio, y no ménos viendo el fruto claro que se cogía del ejemplo de su vida y de su doctrina; y así, se hablaba de este negocio en el pueblo (como se suele) segun que cada uno sentía, quién defendiendo, quién acusando, y en lo uno y en lo otro había exceso, así de los que decían bien, como de los que decían mal. Llegó la fama desto á los inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, remediar el mal, si alguno hubiese, con otra ocasion, ó sin ella, vinieron á Alcalá, y hicieron diligentísima pesquisa de la doctrina, vida y ocupaciones de Ignacio, y formaron el proceso. Y hallando que ni en dicho ni en hecho no había cosa en él que discrepase de la verdadera y sana doctrina de la santa Iglesia romana, nuestra madre, se volvieron á Toledo sin llamarle ni decirle palabra; pero dejándole el proceso que habían hecho, remitieron el negocio al licenciado Juan de Figueroa, que era vicario general del arzobispado de Toledo, encargándole que estuviere sobre aviso y mirase á las manos á aquella gente. El cual, pasados algunos dias, envió á llamar á Ignacio y á sus compañeros, y les dijo que se había tomado muy particular informacion de sus vidas, costumbres y doctrina; pero

(1) Existe este hospital en la calle Mayor de Alcalá de Henares. La habitacion en que vivió san Ignacio está convertida en capilla, y frente á la puerta de la iglesia.

(2) La obra de teología escolástica escrita por Pedro Lombardo,

que por gracia de nuestro Señor no se había hallado en ellos, ni vicio en la vida, ni falsedad ó error en la doctrina, y que así podrian á su placer entender en sus ejercicios y ocuparse á su voluntad, ayudando (como lo hacian) á los prójimos; que una sola cosa no le contentaba, y era, que no siendo ellos religiosos, anduviesen todos vestidos con un mismo hábito y traje; que sería mejor, y que así se lo requeria y mandaba, que los dos, Ignacio y otro, tiesen sus vestiduras de negro, y los otros dos de leonado, y el mozo frances se quedase con su hábito. Ignacio respondió que harian lo que se les mandaba, y así lo hicieron.

Dende á pocos dias el Vicario mandó á Ignacio que no anduyese los piés descalzos; y así, como en todo era obedientísimo á quien le podía mandar, lo fué en esto, y púsose luego zapatos. De allí á cuatro meses el Vicario tornó á hacer nueva pesquisa sobre ellos, y despues de largas informaciones y largas preguntas y respuestas que á otros se hicieron, no le dijeron á él palabra ni le tocaron en un hilo de la ropa. Pero aun esto no bastó para que le dejasen vivir en paz, porque luego se levantó otra borrasca, que nació de lo que aquí diré. Entre las personas que oían á Ignacio y se aprovechaban de sus consejos, hubo dos mujeres, madre é hija, nobles y viudas honradas, y la hija moza y de muy buen parecer; éstas entraron en devocion y fervor indiscreto, y para padecer mucho por nuestro Señor se determinaron de mudar de hábito y como pobres y mendigas irse á pié en una romería larga, y pidieron parecer á Ignacio sobre ello, y dijoles que no le parecía bien, pues podian hallar en su casa más fácilmente y con ménos peligro lo que buscaban fuera della. Y como vieses que no les salía á lo que ellas querian y á lo que estaban determinadas, sin decirle más palabra, se fueron entrambas en peregrinacion á la Verónica de Jaen, lo cual fué causa que todos (aunque sin razon) se volviesen contra Ignacio, pensando que de su consejo había salido aquel hecho. Y así, estando un día bien descuidado fuera del hospital (que ya no moraba en él), llegó á él el alguacil del Vicario, y dijole que se fuese con él, é Ignacio le siguió con mucha mansedumbre y alegría á la cárcel, donde le dejó el alguacil preso. Era tiempo de estío y tenía una manera de carcelería algo libre, y así pudieron acudir á él muchos para oírle, á los cuales él enseñaba la doctrina cristiana y cosas de nuestro Señor, y les daba los ejercicios espirituales de la misma manera y con el mismo fervor que cuando estaba del todo libre. Supieron su prision algunas personas principales, y entendiendo su inocencia, le enviaron á ofrecer su favor y á decirle que si quisiese le harian sacar de la cárcel. Entre éstas fueron dos más señaladas. La una fué doña Teresa Enriquez, madre del Duque de Maqueda, señora devotísima, bien conocida en España. La otra fué doña Leonor Mascareñas, dama que entonces era de la Emperatriz, y despues fué aya del principe de Castilla el rey don Felipe nuestro señor; la cual